

BREVE RESEÑA HISTÓRICA DE ETXAURI

Las vicisitudes históricas de Etxauri son poco conocidas. Apenas disponemos de un puñado de publicaciones fragmentarias que pueden ayudarnos a situar en la historia a la cabeza de uno de los valles más representativos de Iruñerria o Cuenca de Pamplona y que está formado por Ubani, Zabaltza, Arraitza, Belaskoain, Bidaurreta, Etxarri, Ziritza y Etxauri.

Val de Etxauri está limitado al norte por la sierra de Sarbil y al sur por la sierra de Erreniega, rebautizada, como tantos otros topónimos navarros, con el nombre castellano de El Perdón, evocador de gracias jubileas. Sabemos que su poblamiento se inicia 18.000 años atrás, como lo atestiguan los veinte yacimientos prehistóricos estudiados hasta la fecha, que van del Paleolítico Superior hasta la Edad de Hierro.

Varios arqueólogos han realizado excavaciones y prospecciones en la zona: Blas Taracena, en los años cuarenta, en Santo Tomás y Legin; Juan Maluquer de Motes, en los años sesenta, en la Cueva del Cantero; Amparo Castiella, en los años ochenta, en Legin; Mikel Etxegarai, a principios del presente siglo, en San Quiriaco; y, sobre todo, Javier Nuin que cuenta con numerosas publicaciones en Eusko Ikaskuntza, Príncipe de Viana y la Universidad de Salamanca. Este arqueólogo ha realizado prospecciones en la cueva de Ziriza, los abrigos de la Peña del Cantero (donde existe un altar que bien pudiera haber sido utilizado para sacrificios de carácter ceremonial, así como fortaleza natural desde la Edad del Hierro), Viña de la Peña, Peña Roya, cuevas de Muru, San Kiriako, Lezea, Matxamendi, Legin, Legintxiki y Leginpea. La mayoría son yacimientos de hábitat con carácter defensivo, enterramientos de incineración y manifestaciones de un rudimentario arte postpaleolítico.

Asimismo, se han descubierto en determinados abrigos de Sarbil un conjunto de pinturas murales de tendencia naturalista, con figuras zoomorfas de líneas esquemáticas y tintas planas, realizadas probablemente con un fin propiciatorio.

Por otra parte, el yacimiento hallado junto al paraje de Legin, Legintxiki y Leginpea configura sin duda un espacio totémico. Los restos van cronológicamente del Epigravetiense y Solutrense hasta la Edad del Hierro. En superficie han aparecido numerosos restos de industria lítica y sobre todo infinidad de "likiñarris", unas piedras calcáreas muy porosas.

Aquellos habitantes primitivos de Etxauri eran cazadores (jabalíes, sarrios y corzos) y acechaban a la fauna que se acercaba a abreviar en los numerosos manantiales de aguas termales y sulfurosas que ofrece Sarbil. También eran recolectores con vocación seminómada y no fue hasta el Neolítico cuando se empieza a cultivar la tierra en las terrazas de inundación del Arga, se pesca

con redes de cáñamo y arpones de sílex, se inhuman los cadáveres en el suelo de las cuevas y se inicia la fabricación de utensilios de cerámica.

Los especialistas consideran que, sin embargo, Etxauri fue más que un territorio de población eminentemente agrícola un “espacio sagrado” con santuarios donde tenían lugar las actividades rituales relacionadas con las hierofanías y el culto a las fuerzas de la Naturaleza.

En el Bronce pleno las cabañas dispersas se agrupan y se dotan de elementos comunes como pozos, silos y murallas. Con la Edad de Hierro la situación cambia y se vuelven a valorar los lugares de importancia defensiva o estratégica. Es el caso del valle de Etxauri que va poblándose progresivamente y formando los primeros núcleos con una cierta estructura urbana y una organización social embrionaria.

Las invasiones celtas e iberas determinaron que los vascones (barskunes o baskunes) fueran desplazándose hacia el norte buscando zonas montañosas y boscosas. Los escasos restos de esta época hallados en Etxauri nos muestran una economía preferentemente recolectora y ganadera.

Las características de Etxauri eran ideales para los asentamientos romanos: clima suave, presencia de una importante corriente fluvial, existencia de manantiales de agua termal, buenas comunicaciones, tierras de aluvión aptas para el cultivo de la vid y abundantes atalayas de carácter defensivo. Existen algunas pruebas de la presencia de Roma en nuestro territorio: muro de *villae* y fragmento de placa de bronce junto a la basílica de Nuestra Señora de los Remedios de Etxauri, restos de las termas de Ibero, un ara y fragmentos de *terra sigillata* y *olearias* de Belaskoain, el fuste de columna de Bidaurreta, el miliario de Etxarri, las huellas significativas del núcleo de población de Paternain (recientemente destruido por una urbanización de adosados junto al yacimiento de Paternanbidea datado en el neolítico), términos de origen latino en la toponimia, etc.

La primera noticia escrita que tenemos de Etxauri data de 1055 – 1069 y se le conceptuaba ya como “señorío de realengo”. Un ramal del Camino de Santiago se bifurcaba de la vía principal en Galar, pasaba por el Señorío de Eriete, atravesaba Etxauri y, salvando el puerto junto a la ermita de Santa Cruz, terminaba en el Monasterio de Iranzu. Ya en plena Edad Media, Etxauri junto al Señorío de Otazu constituían una población de cierta importancia, como lo prueban diferentes asientos de Comptos, el sistema de torres defensivas cuya traza se conserva y la necrópolis hallada recientemente en los alrededores de la ermita de Nuestra Señora de los Remedios, en la calle Ikerrea, compuesta de enterramientos de “muro” y del tipo “cista”. La tipología de estos enterramientos y la naturaleza de los restos hallados permiten suponer que tienen relación con la gran epidemia de peste negra que asoló Navarra y Europa a mediados del siglo XIV.

La estructura social del Medioevo tenía un carácter feudal estamental. Era una sociedad cerrada y se articulaba por medio de un intrincado sistema de vínculos de vasallaje. El 90% de los habitantes se dedicaba a la labranza. Sin embargo, aún en pleno feudalismo, en Navarra se dieron ciertas peculiaridades que es conveniente resaltar. El poder del señor o del mismo rey se vio progresivamente limitado por leyes consuetudinarias no escritas, que luego fueron recopiladas en el Fuero. De aquí salieron las Juntas que actuaron en los siglos XIII y XIV, formadas por hidalgos, caballeros, clérigos y labradores. En val de Etxauri, los cargos o jurados de cada uno de los pueblos se reunían al parecer en el encinar de Artazea, entre Etxauri y Zabaltza.

Nuestro valle estaba representado por un sobre-juntero elegido por los demás junteros, que juraba defender los acuerdos alcanzados por la asamblea. Al frente de ésta se situaba un *buruzagi*, que era quien tenía la potestad de ejecutar el cumplimiento de las penas. El juramento era corporativo y mutuo, con la defensa de la libertad como principio supremo. Así, la Junta de Infanzones de Obanos se organizó “para defender nuestros intereses de los atropellos de la élite nobiliaria de los ricoshombres y de los malhechores en general”.

Tras la muerte de Carlos III el Noble en el año 1425, Navarra se vio sumida en una profunda crisis institucional. Tal estado de cosas desembocó en una abierta confrontación entre *beaumonteses* y *agramonteses* que vino a facilitar a principios del siglo XVI los planes anexionistas de Fernando el Falsario. Navarra fue invadida en 1512 por un ejército profesional al mando del Duque de Alba, muy superior a las fuerzas de defensa disponibles. La Cancillería de Aragón falsificó las bulas *Pastor ille coelestis*, *Exigit contumaciam* y *Etsi obstinati*, con el silencio cómplice del Papa Julio II, en las que excomulgaba a los reyes de Navarra y a quienes les obedecieran. El atropello se consumó en 1515 con la colaboración del bando *beaumontés* encabezado por el Conde de Lerín. Navarra quedaba convertida en una colonia más de Castilla.

Constituye un sarcasmo hablar de “feliz incorporación al reino de Castilla”, como ciertos intelectuales orgánicos sostienen en la actualidad. Fue una ocupación militar contra todo derecho, a sangre y fuego, que supuso el principio del fin de nuestra soberanía como Estado europeo. A pesar de todo, Navarra logró mantener sus peculiaridades en leyes, fueros y gobierno hasta que fueron igualmente abolidas con la llamada Ley Paccionada de 1941. Desde esta fecha, Navarra pasó a ser una provincia más del Estado español.

Etxauri, que se declaró mayoritariamente *agramontés*, se incorporó con entusiasmo a la resistencia contra Castilla y tuvo que soportar persecuciones, multas y el desmochamiento de sus soberbias torres defensivas. La fortaleza de Amaiur fue el último bastión que se opuso a la invasión castellano-aragonesa. En la defensa participaron al menos dos caballeros de nuestro

valle, Joanes de Arbizu y Miguel de Zabaltza. Otros, como el señor de Otazu, Pedro de Berrio, sufrieron prisión e incautaciones. Suyo era el palacio de la rúa de las Tecenderías del Burgo de San Cernin, requisado por Carlos I en 1524 y destinado a sede de la Casa de la Moneda y Cámara de Comptos.

Nuestro reino quedó reducido a los territorios de la Baja Navarra y así continuó hasta 1620, año en el que el monarca absolutista Luis XIII, rey de Navarra y de Francia, decidió incorporar lo que quedaba de nuestro reino a la corona francesa.

El val de Etxauri vivió aquellos años de plomo tratando de adaptarse a la nueva situación. Los nuevos administradores castellanos, como los virreyes Duque de Alburquerque y Marqués de Valparaíso trataron una y otra vez, sin éxito, de hacer levas para las incursiones de castigo en Iparralde. Se conservan escritos en los que se quejan amargamente a la Corte de la nula colaboración de los habitantes de nuestro pueblo para prestar su colaboración, siquiera mercenaria. Lo mismo ocurriría siglos más tarde en la Guerra de Sucesión y en la de la Convención.

Entre los siglos XVI y XVIII, optar al derecho de “vecindad” suponía ser propietario de una casa y haber ofrecido la “colación” o ágape a sus convecinos. El *vecino* podía disfrutar de las aguas, hierbas, piedras y leña comunales, tenía derecho a asistir a las juntas del Consejo del Valle y a ser regidor.

Los residentes eran todos los pequeños labradores sin casa de vecindad, gentes dedicadas al campo por cuenta ajena como pastores, peones de labranza, siega y recolección, y también los cazadores, pescadores, pellejeros, leñadores, etc. Luego estaban los “estantes”, “pasantes” o “foranos”, gente ambulante, acogida u hospedada temporalmente en una casa del pueblo.

Por último, la casta de los *hidalgos* (nobleza baja rural) procuraba vivir de las rentas aunque cada vez con más esfuerzo, ya que se resistían a desempeñar cualquier tipo de trabajo manual. Esta fue una de las causas de que fueran estrechándose las diferencias sociales entre estamentos y pronto algunos labradores accedieron gracias a su trabajo a un poder económico superior al de muchos hidalgos. Ello dio lugar a la progresiva celebración de matrimonios interclasistas y a la implantación de un cierto igualitarismo. Para profundizar en esta época resulta muy interesante el estudio que un historiador de Etxauri, Enrique Navascues, está a punto de publicar.

Las principales fuentes de riqueza han sido durante siglos la agricultura (sobre todo el cereal y la vid) y la ganadería. En cuanto a los oficios, en Etxauri se tienen constatados los siguientes: albañil, albeytar (veterinario), arrabatero (ebanista de molduras), artesano, barbero, burullero (tejedor de arpilleras), cantero, cortador, criado, escribano (notario), fustero (carpintero), herrero,

juglar, marchante, maestro, orcerero (ceramista), partera (comadrona), pelayre (esquilador), pellejero, platero, porquero, sastre, tamborrero, tejedor, boticario, yesaire y zapatero.

En la guerra de la Independencia (1808 – 1812) muchos etxauriarras formaron parte del Corso Terrestre de Mina el Mozo y de las partidas de Pedro Miguel Sarasa “Malalma”, Matías Ilzarbe y, sobre todo, del roncalés Gregorio Krutxaga Urzainki. En Belaskoain estaba la central de espionaje del valle que suministraba información de las vías de comunicación francesas al jefe de la División Navarra, Francisco Espoz y Mina.

Los costes de la guerra fueron abrumadores para Navarra. Los ocupantes franceses cobraron al pueblo navarro casi ochenta millones de reales de vellón por contribuciones; 12.300.000 reales más por empréstitos sin reembolso y 20.000.000 en multas. Esto sin contar la requisa de decenas de toneladas de trigo y cebada y miles de cabezas de ganado.

Las represalias sobre las personas y las bajas en combate fueron numerosas, pero por desgracia no están bien documentadas. Sabemos que en Etxauri fue fusilado el 10 de mayo de 1811, por colaborar con la guerrilla, el regidor del pueblo José de Unanua. La orden partió del Conde de Reille, comandante en jefe de las tropas francesas en Navarra.

Las dos guerras carlistas (1833 – 1840 y 1872 – 1876) se vivieron con mucha intensidad en Etxauri. La abrumadora mayoría era carlista, no por meras motivaciones dinásticas sino sobre todo por la defensa de sus libertades, de las propiedades comunales, de las instituciones forales y, en general, de su modo de vida. Las desamortizaciones del régimen liberal, que supuestamente tenía un carácter progresista y que traían los avances de la Ilustración, condenaron a la pobreza a gran parte del campesinado navarro. La venta de las tierras comunales y las que estaban en posesión de las llamadas “manos muertas”, sólo favorecieron a la burguesía urbana y a la nobleza con monetario disponible. El pueblo, en el mejor de los casos, se vio abocado a ser simple peón de los terratenientes. Esto supuso, en la práctica, una vuelta al régimen feudal, cuando en el resto de Europa estaba en pleno apogeo la revolución industrial.

La derrota de la Primera Guerra en 1840 supuso, un año más tarde, la pérdida de los restos de nuestra soberanía política. La herramienta fue una falsa ley paccionada, impuesta por el vencedor al derrotado, quien se vio representado por una Diputación entreguista y cómplice, y que es el techo deseable del nivel de autogobierno para la actual derecha regionalista en el poder. De hecho perdimos la Diputación del Reino, las Cortes, las aduanas, nos vimos forzados a servir en el ejército español y nuestro sistema fiscal y nuestras leyes privativas fueron abolidas.

Las aduanas pasaron del Ebro al Bidasoa y Etxauri se vio afectado por el éxodo masivo de la mano de obra campesina a zonas industriales españolas y, sobre todo, a diferentes países de América.

El euskera, históricamente la lengua mayoritaria de los navarros y uno de los principales signos de nuestra identidad, sufrió con todas estas vicisitudes un proceso acelerado de repliegue que sólo se ha detenido en los últimos años con el esfuerzo de euskaldunización desplegado por el movimiento popular de las ikastolas.

La derrota en la Segunda Guerra Carlista en 1876 tuvo como consecuencia que nuestras aspiraciones de recuperar la soberanía perdida se vieran truncadas, lo que reforzó el centralismo español y la pérdida definitiva de los regímenes forales. En este contexto y fruto de la frustración de los sectores foralistas ante la pérdida de unas instituciones seculares, nació el movimiento nacionalista vasco.

Pero el agonizante siglo XIX todavía tenía que traer más desgracias. En 1892 el insecto de la filoxera saltó los Pirineos e infectó los viñedos navarros. Etxauri y Aranguren fueron los primeros valles que quedaron afectados por la terrible plaga. De las 50.000 hectáreas de cultivo de vid en Navarra quedaron afectadas 48.500. Muchos hogares campesinos quedaron arruinados, con las consiguientes consecuencias sociales y demográficas.

Los primeros años del siglo XX fueron escenario de una cierta recuperación económica pero este período de bonanza duró muy poco. En 1932, un año más tarde de la proclamación de la República, Navarra aprobó por un 89,93% de los votos el Estatuto de Autonomía Vasco-Navarro. Con ello se trataba de recuperar una parte de la soberanía perdida, de la mano del resto de los vascos. Todo ello fue trágicamente yugulado por la guerra civil, consecuencia del golpe de estado fascista de julio de 1936. Las consecuencias de esta contienda fueron incalculables, afectaron a la médula misma de nuestra sociedad y condicionaron la convivencia posterior. La represión en Navarra, que jamás tuvo frente de guerra, causó la terrible cifra de más de 3.000 muertos entre los partidarios y simpatizantes de los partidos de izquierda, muchos de los cuales eran campesinos sin tierra, antiguos carlistas, que habían luchado durante los años de la República por la recuperación de las tierras comunales o "corralizas". El gran drama de esta guerra es que enfrentó a pueblo contra pueblo, a hermanos contra hermanos. De los 41.000 navarros que combatieron en el llamado bando "nacional", murieron en el frente unos 4.500, entre los que se contaban varios vecinos de Etxauri. Por su parte, defendiendo la legalidad republicana se calcula que combatieron de 4.000 a 5.000 navarros, también con un altísimo porcentaje de bajas.

Carlos Catalán